(SEGUNDA ÉPOCA)

Año II ◎ Número 28

Cádiz 10 de Abril de 1910

REVISTA TEATRAL

ESPECTÁCULOS — CIENCIAS — ARTES
LITERATURA — SPORTS

Director: D. SEBASTIAN ROSETTY Y WAGENER (Lord Byron)

Suscripción mensual . Ptas. 1'00
Número suelto . . . » 0'50
Fuera de Cádiz: Trimestre, 3 ptas.
ANUNCIOS: PRECIOS CONVENCIONALES

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 y 30 de cada mes

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR.

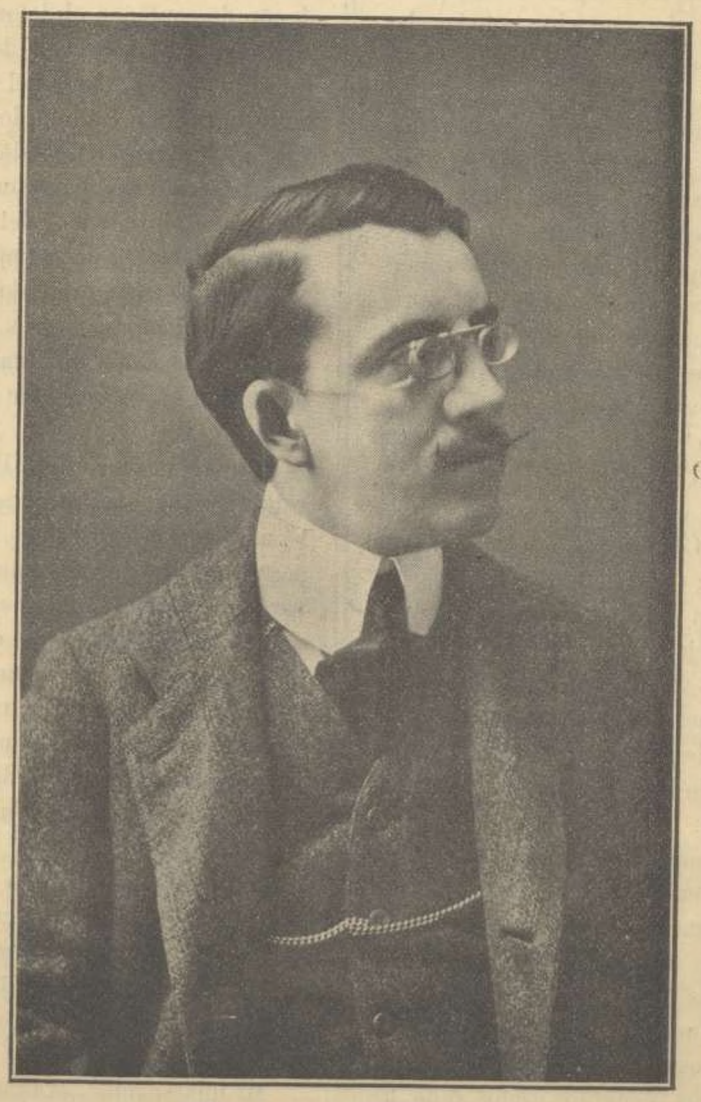
No se devuelven los originales que se nos remitan

Redacción y Administración

CÁNOVAS DEL CASTILLO
NÚM. 25

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

ESCRITORES ANDALUCES



EDUARDO DE ORY Y SEVILLA

Ayuntamiento de Madrid

Impresión

Andalucía es la región española que, en la actualidad, ha dado á la nación mayor número de poetas. Valgan de muestra, y que me perdonen los olvidados, Salvador Rueda, Carlos Fernández Shaw, Arturo Reyes, Juan R. Jiménez, Francisco Villaespesa, Cristóbal de Castro, Enrique López Alarcón, Eduardo de Ory, Narciso Díaz de Escovar, Ricardo León, Salvador González Anaya, Pepe Sánchez Rodríguez, Ramón A. Urbano, Plácido Langle, José Almendros Camps, Manuel de Sandoval, Alfredo Murga, Eduardo Baro, Mariano Altolaguirre Palma, José Durbán, Francisco Aquino, Juan Héctor, José María Luna y Vicente Luque Gutiérrez. ¿Qué región puede presentar una tan escogida pléyade de líricos? Yo no sé si es que en esta benditísima tierra, surgen los poetas como las flores; lo cierto es que en Andalucía todos llevamos dentro un alma de artista capaz de comprendor todas las alegrías y de compadecer todas las penas. ¡Oh, tierra de gloria! ¡Oh, vergel de los vergeles!

Uno de esos magos, uno de esos líricos notables, honra de su tierra y de España, Eduardo de Ory, tan buen poeta como excelente prosista, figura hoy en nuestra brillante galería de escritores andaluces.

Precisaba algo más que el corto espacio concedido á esta sección para poder dar una idea aproximada de lo muchísimo que vale Ory, mas como tenemos que reducirnos á lo marcado, procuraremos condensar en breves líneas la gratísima impresión que la sucesiva lectura de las obras de este poeta nos ha producido.

Aplicando una frase de *Clarín*, diremos que la poesía de Eduardo de Gry no tiene dentro ni fuera, fondo ni superficie; toda es transparencia, luz increada y que penetra al través de todo Sus versos suenan á música lejana, á murmurar de fuentes... En ocasiones nos traen ellos, como un brazado de claveles, perfumes deliciosos; otras nos deslumbran como rayos de sol; son versos de luz, llenos del encanto azul de los cielos, en las tardes de la primavera andaluza.

Ory nació poeta; apenas si se cuida de pulir la forma, pero siempre dentro de sus renglones hay algo, hay poesía, esa luz increada y que penetra al través de todo; luz que nos llega al alma y en ella evoca tristes añoranzas ó sanas alegrías. Su musa es versátil, frívola, coquetona; ríe y llora á un tiempo y como una mariposa, revuela inquieta por los espacios infinitos de los recuerdos gratos ó de las nostalgias perezosas. ¡Salve, poeta!

Como prosista, basta leer sus libros «Desfile de almas» y el estudio de psicología literaria sobre Gómez Carrillo, para formar una altísima idea de su prosa fresca, sencilla, juguetona, que en ocasiones nos recuerda la del ilustre autor de «Grecia.» Tal es su poderoso encanto y su divina ingenuidad.

Ory dentro de poco publicará un nuevo libro de poesías con el sugestivo título «Alma de luz», y para entonces guardaremos todos los elogios que merece este artista notable y que hoy, por falta de espacio, no podemos tributarle.

Por anticipado le enviamos nuestra enhorabuena junto con la más ardiente devoción y simpatía, por el arte sin igual que revisten todos sus escritos. ¡Salve, poeta, honra de tu tierra y de España!

CARTUCHERITA.

(*La Unión Ilustrada*, Málaga).

La canción de "Rigoletto"

VIII

Al recordar esta página de mi existencia, no soy dueño de contener el doloroso placer del vértigo.

El águila, la soberana de los aires, atraída por los efluvios lumínicos del Sol, remonta su vuelo hasta lo infinito, aunque los resplandores del astro rey la obliguen á descender medio ciega, más con la satisfacción del deseo cumplido y con el orgullo de que el esplendor del firmamento haya apagado la ambición de sus ojos...

Yo, en el triste erial de mi vida, columbré un oásis encantador, susurros primaverales, y mi alma, en eterna estación invernal, reverdeció al aspirar el perfume embriagador del jardín de los Ensueños.

Para acercarme á este Paraíso, caminé sin descanso, infatigable... atravesé ríos y montañas, divisé multitud de horizontes, salvé profundas simas, sorteé escollos insuperables, refrené mis pasiones carnales, hasta dominarlas... mas al tocar con mis manos el pórtico del país del Encanto, de la morada de la Locura, que el mundo conoce por Amor, repentina ceguera hízome perder el equilibrio, y, dando traspiés, rodé, de peldaño en peldaño, hasta las profundidades de la más negra tiniebla.

¿Cuántos días estuve luchando con la fiebre? ¡Muchos!

Fué un golpe tan rudo y fueron tantos los escalones en que rebotó mi cuerpo, que, moral y materialmente, quedé destrozado.

El delirio se apoderó de mi espíritu, y rebelde á todo tratamiento, pugnaba por hacer presa en el organismo.

Mi imaginación, exaltada hasta lo indecible, fantaseaba extravagancias irónicas, idealizaba novelas épicas, hechos inauditos, aventuras maravillosas; descollando, sobre estas aberraciones, la causa ori-

Ayuntamiento de Madrid

ginaria de mis delirios: la traición infame, canallesca, del marido de Elda.

Como creación indefinible de mi mente enferma, en mis horas de sufrimiento se me aparecía una figura etérea, envuelta en vaporosa gasa, la que dejando entrever, en sus ondulaciones, formas idealizadas de femenil hermosura, con fragancias espirituales, con plasticidades intangibles, asumía, en su conjunto, todas las atracciones mundanas y todas las misticidades de las vírgenes.

Aquel fantasma, con pisar grácil, acercábase à mi lecho, y apoyando sobre mi ardorosa frente su nívea mano, decíame rumorosa:

—«Lucha... lucha... no te desanimes... continúa hácia adelante, que yo te espero al final de la jornada para darte la recompensa que mereces...»

Después... rozaba sus frescos labios con los míos ardientes y desaparecía ligera y vaporosa.

De tal modo se identificó con mi sér aquella forma vaga é indecisa, forjada por mi desequilibrado cerebro, que no cesó un día de alentarme con sus vivificantes palabras, hasta que, dando por terminada su misión, se hundió en los abismos de la nada.

Al fin, mi juventud pudo más en la lucha, y á los dos meses, sesenta días después de la desaparición de Elda, cedió la calentura y volví á la realidad.

Más de una vez, la Muerte estuvo en acecho, con las garras preparadas para asirme y transportarme á su mansión, y otras tantas retrocedió impotente en su exterminadora tarea.

Un día, no se me olvidará, pude darme cuenta de lo que me rodeaba, y abriendo mis ojos, al sentir en mi derredor murmullo de voces, distinguí un señor de aspecto venerable que, dirigiéndose á otra persona, decía con acento firme:

—¡Señora... desde este momento, le respondo de la vida del enfermo! !Se ha salvado!

La señora con quien hablaba el doctor, avanzó hasta colocarse á la cabecera de mi cama, y postrándose de hinojos, balbuceó sollozante:

—¡Gracias... Virgen santa!... ¡Gracias por haber atendido mis súplicas!...

Al escuchar aquel acento, vibró en mi alma algo consolador; mi cuerpo se extremeció, poseído de inefable alegría, y semejando mis sentidos preciosa sensitiva, aspiré fruitivamente la harmónica cadencia de aquellas palabras de agradecimiento.

Creyéndome estar todavía entregado á la fiebre, fijé mi vista, extraviada aún por la debilidad, en la mujer que con la cabeza reclinada en el lecho recitaba sentida plegaria, y al cerciorarme de que no me había engañado el instinto, no pude reprimir una ligera exclamación.

Al oir ésta, púsose en pié la que oraba.

¡Era Elda!

Elda, que me miraba anhelante, retratándose en sus pupilas la ansiedad que la dominaba.

Yo, que había levantado un poco la cabeza, volví á echarla de nuevo en la almohada, y desprendiéndose de mis ojos dos gruesas lágrimas, que se deslizaron por mis demacradas mejillas, quedé sumido en ese consolador sueño que sigue á las grandes crisis en las enfermedades graves.

José Recio Díaz.

(*Continuará*).

AMORES HIDALGOS (1)

I

¡Oh, risueños y plácidos rinconcitos del campo!
Lugares de misterio divino, como el lampo
de la luna: rincones con psalmos de trigales.
¡Oh, vida placentera sin pecados mortales!

II

La casa solariega que en tiempo más lejano
encerró la hidalguía de un noble castellano:
en su interior parece flotar aroma sano
de cosas que se fueron cuando se fué el anciano.
Aromas patriarcales de cuentos y consejos
que á la lumbre narraron los servidores viejos,
mientras limpias abuelas servían la pitanza,
y á lo lejos mujían los bueyes de labranza.

III

La vida placentera de aquellos claros días
en que nerviosos galgos, con locas correrias,
jugaban en la puerta de la mansión lejana;
y unos ojos muy bellos, de color de mañana
bendita, contemplaban detrás de los cristales
de un arcáico balcón, los dorados trigales,
y el zig-zag polvoriento del lejano camino...
Y las frescas cerezas de una boca amorosa
decían con anhelo: ¿Vendrá mi peregrino?
Los trigos parecian cantar: ¡Hermosa, hermosa
es la niña que mira detrás de la ventana!
No suspíres con pena, querida rubia hermana,
que tu dueño vendrá... ¿No ves un caminante
allá en la lejanía? Pues es tu dulce amante.
¡Si aquí en los rinconcitos de gloriosa belleza
y encantador misterio, no vive la tristeza!

IV

¡Oh, benditas sonatas que entonan los trigales,
allá donde no existen los pecados mortales!
¡Donde el amor espera, la niña, con anhelo,
la nena de los ojos celestes como el cielo!

J. F. García del Campo

(1) Del libro próximo á publicarse *Flores de mi Huerto.*

Ayuntamiento de Madrid

Los aduladores

Y las aduladoras también, por supuesto.

Porque unos y otras son hijos de Dios.

Siempre encuentran á punto una lisonja que, la mayoría de las veces, le sientan al *lisonjeado* como á un santo dos pistolas.

—¡Qué guapa está usted hoy, y qué elegante y qué distinguida!...

Y resulta que la afortunada mortal á quien se dirigen todos estos encomiásticos epítetos, tiene cara de perro dogo acosado por las pulgas, y va vestida de percalina... amarilla sí y amarilla no... con adornos de toniza.

—¿Dónde ha comprado usted esa visita? ¡Qué elegancia en el corte! ¡qué bien concluída! ¿Quién es su modista de usted?

Y la interesada, que enteramente va metida en la funda de un paraguas, está á punto de reventar de gozo, pues ella misma se la ha hecho con unos pedazos que compró por una bicoca á la mujer del dueño de la tienda de ultramarinos de la esquina, y que trascienden á cien leguas á los olores tan delicados como los de jamón, bacalao, petróleo,azafrán y demás *casi comestibles* del ramo.

En el género masculino son aún peores.

—¡Caramba, qué me alegro encontrarle—suelen decirle á usted á lo mejor (ó á lo peor, eso va en gustos).--¡Está usted tan joven y tan remozado como siempre! No pasan años por usted y continúa vistiendo con la elegancia de siempre. ¡Qué *chaquet*! ¡qué pantalón! ¡qué...

Y termina esta serie de alabanzas á todas sus prendas, pidióndole café, cigarro, y lo que es más duro, un duro, si es que el «atacado» no es lo bastante hábil para «huir el bulto».

Tienen la ventaja estos señores y señoras, de que desde luego cuentan con la benevolencia del adulado, porque... ¿á quién le amarga un dulce?

Y aquello de:—Está usted hecho un D. Juan.

—Es usted, señorita, una hurí.

Eso llena el cuerpo y pone al interesado á punto de estallar de contento.

Y eso que al D. Juan tienen que acostarle y sonarle la nariz, por «mor» de un aire de perlesía; y la hurí es la hija segunda de un comerciante en vinos de Valdepeñas y patatas de la Mancha, y parece un muñeco de los que salen en las cajas de sorpresa.

Algunas veces suele no salirles bien del todo á los sempiternos aduladores, sus lisonjas.

Dígalo, si nó, D. Luis Cumplido, señor ya de peso, en el sentido más lato de la palabra; con gafas él, y con un vicio atroz de adular él.

Acercóse á una mesa en que se jugaba en cierta reunión, y á donde no se había arrimado en toda la noche, y encarándose con un comandante de caballería que, debido á la gota y á no haber podido ganar ni un juego durante la velada, estaba deseoso de acusarle las cuarenta á cualquiera, le dijo sin más preámbulo:

—Juega usted admirablemente, comandante. ¡No lo he visto hacer mejor en los días de mi vida!

Y el comandante, por primera providencia,cogió al compañero de la derecha, sietemesino por afición, y se lo despampanó á D. Luis en las narices, mientras le gritaba:

—¡O se está usted burlando de mí, ó sus gafas no sirven para nada!

Y era verdad, porque se las había tragado el sietemesino, á quien fué preciso propinarle un vomitivo, porque se empeñaba en no devolverlas.

Otras veces las «presas» son de peor especie.

¡Qué linda mujer! ¡Crea usted que me la comería!

Y el antropófago mujeril en ciernes, recibe una «chuleta» de cuello vuelto, de las de superior calidad, del marido de la señora adulada, que es casualmente, á quien mi hombre está contando el cuento.

Y, es claro, todos los vicios tienen su pró y su contra.

Y éste, tomado como vicio, también las tiene.

Por eso os aconsejo que no aduleis.

Pero, si os veis precisados á adular alguna vez y la precisión es mucha... dais media vuelta sobre los talones y os retirais por el foro.

Creedme á mí.

R. R.

Episodio trágico

Para Revista Teatral

I

Era Antonio un joven de 25 años,gozaba de una posición bastante desahogada; de vasta ilustración; sus dotes personales las envidiaban muchos, y sus amigos le admiraban y teníanlo como un ser superior á todos ellos.

Amaba todas las artes, pero su afición predilecta era el teatro: ésta superaba á todas las demás.

Muchos consultaban con él para juzgar á un actor ó á una tiple, y su opinión era acatada por todos, y al mismo tiempo encomiada por lo justo que era siempre en sus afirmaciones.

Cariñoso para con todos, amigo de la desgracia, no tenía enemigos.

Ayuntamiento de Madrid

II

Era el día 8 de Octubre.

Abríanse los teatros con compañías de verso ó de zarzuela.

En la capital donde Antonio creció y vivía,circuló una lista de compañía del género chico, la cual era dirigida por una tiple llamada Matilde Valle; la prensa de la localidad encomiábala como una de las primeras que viajaba por España.

Una nota hacía resaltar, ó mejor dicho, hacía valer á la compañía, y era la simpática directora, que á más de ser gran aotriz y cantante, era una figura ideal, un hada soñada por nuestros grandes poetas, capaz de fascinar al más exigente.

III

La noche del *début* estaba la sala deslumbrante; lo mejor de la sociedad ocupaba las localidades, y allí se respiraba en aquel ambiente de belleza y soñado paraíso, algo tan grato é inmenso, que es imposible explicar.

Una atronadora salva de aplausos fué el saludo que se le hizo á la compañía al hacer su aparición en el amplio escenario del teatro.

Las obras puestas en escena fueron muy bien interpretadas, como asimismo aplaudidos sus intérpretes.

Pero la reina de la fiesta, la que absorbía la mirada de todos los espectadores, la que dominó, en una palabra, al inmenso público que llenaba el coliseo, era la primera tiple.

Rubia, bella, elegante; era actriz y cantante; la gracia que poseía era suya, y el verdadero arte tenía un fiel intérprete en ella.

Todo el público la aplaudía sin cesar, y un solo hombre permanecía silencioso: solo observaba y, al parecer, al mismo tiempo que escuchaba aquellas manifestaciones, sufría horriblemente.

La función terminó, y todos salieron satisfechos, prometiéndose una buena temporada.

Los amigos de Antonio fueron á buscarle para que les diera su autorizada opinión respecto de la compañía, y al hablarle notaron que algo extraño había en su siempre alegre amigo.

Preguntáronle la causa de su estado, y obtuvieron la callada por respuesta.

No insistieron, y marcháronse, después de haberle oído decir que hacía tiempo no venía una formación tan completa.

IV

Habían pasado siete días.

Al siguiente del *début* de la compañía, Antonio había ido á hablar con la directora para que le admitiera en su compañía, siendo admitido en ella.

¿Era que deseaba dedicarse al teatro? ¿Era que hasta entonces no había sentido la ambición por los aplausos? No; era que estaba enamorado de Matilde Valle; de la directora.

Él le pintó su pasión hacia ella, su amor inmenso, todo lo que un hombre enamorado puede sentir y hacer por una mujer que le roba el sosiego, con éste el corazón y hasta el alma entera.

Todo en vano: no consiguió ni una esperanza que le ayudara á aguardar que aquella preciosa joya fuese suya.

¡Pobre enamorado!

V

Se anunciaba el beneficio de Antonio, y como hijo y muy querido de la localidad, el teatro se hallaba atestado de público.

La sala estaba imponente. No se cabía. Era el beneficio de Antonio, y todos iban á tributarle el honor de sus aplausos.

Se representaba una zarzuela dramática. En la escena última, él, con un revólver, simulaba matarse.

Llegó ésta, y Antonio, que en toda la representación había estado sublime, cojió el arma y, apoyándola sobre su corazón, hizo fuego y cayó desplomado.

El público aplaudió, pero la actriz dió un grito agudísimo que pareció había salido del fondo de su alma, y al mismo tiempo caía desmayada.

Todos los espectadores pusiéronse de pie é invadieron el esecnario, rodeando á ambos actores.

El uno era cadáver, según certificó un médico que en el grupo se encontaaba; la otra, solo había sufrido un síncope ante la realidad de la muerte de Antonio.

VI

¡Pobre joven! Despreciado por Matilde, decidió poner fin á su pasión, de aquella forma tan trágica.

Su amor hacia ella le privó del risueño porvenir que el mundo le brindaba, y él lo abandonó porque el tesoro que codiciaba no lo pudo conseguir. Para él era poseerlo, la vida, y no conseguirlo, la muerte, y ésta fué su fin.

Ella... no sé si vive; él, sí: en la memoria de todos sus amigos, que no lo olvidan un momento.

M. Riamora

DICHARACHOS

Si viene María Guerrero
una temporada corta,
la entrada costará cara;
solo irá la gente *gorda*.
Pero las de Babetilla,
aunque *flacas*, irán todas

Ayuntamiento de Madrid

¡suprimiéndose el cocido
varios *díaz*... de Mendoza!

***

—Dicen que está amenazado
de muerte, el orden social.
—Pero.. ¡me quedo pasmado!...
¿hay orden social?
—Sí tal.
—¡Pues no me había enterado!

***

Una niña colillera
ayer se murió de frío.
¡Y el perro de la Marquesa
tiene una manta de abrigo!

***

Pide la gente del campo
trabajo, y es por pedir,
porque á ellos nunca les falta
el trabajo... de vivir.

M. del Río y García

EL VALS

Yo no sé bailarle, pero esta circunstancia no es un obstáculo para que el vals me entusiasme; como no es un obstáculo para que me entusiasme la poesía, el no haber hecho en mi vida versos en renglones cortos, ni aleluyas.

Admiración debe sentirse por todas las cosas extraordinarias, y el vals es bastante para que nadie extrañe el encanto que produce y la irresistible seducción que sobre mí ejerce, á despecho de los pícaros pies, que se empeñan en estar torpes y pesados cuando la voluntad quisiera convertirlos en alas. El vals es la redención del baile.

Era, sin duda, una época desventurada para el baile. Su misión no tenía objeto. Todo lo había sacrificado á la felicidad ajena, y el hombre empezaba á reirse de aquellas amaneradas y casi ridículas actitudes que tenían mucho de los grotescos saludos con que árabes y bufones saludaban á sus monarcas. La humanidad corría y el baile se estaba quieto. Los lanceros eran demasiado ingleses, es decir, sobradamente fríos: el rigodón, ceremonioso, y la gavota, casi antidiluviana. Todo iba en progreso; pero el baile, había empezado uniendo las manos de los danzantes y no pasaba de allí. Esta situación era intolerable. Momentos hubo en que se creyó que el baile había desaparecería, causando desde cerca el mismo efecto que desde lejos cuando no se oye la música: el efecto de un baile de locos al compás de la *Danza Macabra*; pero, afortunadamente, no ocurrió así. Se encargó de impedir aquel desastre el vals aéreo, espiritual, encantador, movible, que animó con el fuego de la pasión el baile, é hizo de lo que antes era frío y nieve, volcán irresistible.

Desde aquel día, el vals lo llenaba todo. Ensayó sus virtudes en los aristocráticos salones, y bien pronto hubo de condescender, luciendo sus encantos, en los que antes llamaban bailes de candil; cruzó, lleno de vivacidad y gracia, las aterciopeladas alfombras de los palacios, siendo allí muchas veces la llama que prendió en el amor, vírgenes corazones, y poco orgulloso ó demasiado franco y campechano, entró en los bailes públicos, dando motivo á celos y disputas: su supremacía está hoy reverenciada, y seriamos injustos no confesando que merece este triunfo.

Es por demás encantador y hermoso el espectáculo que el vals nos ofrece, y con nada pueden compararse las dulcísimas sensaciones que se experimentan al eco de aquellas notas vivaces, alegres, arrebatadoras, de seducción irresistible, á cuya voz se borran todos nuestros recuerdos tristes. Los ojos adquieren fuego vivísimo; la imaginación sueña con mundos desconocidos de infinita belleza, y sentimos renacer en nuestro ser nueva vida y nuevas ilusiones. Bailar en un salón que estando espléndidamente iluminado, la imaginación se finge á obscuras, porque no vé más luz que la que despiden los negrísimos fulgentes ojos de la mujer con quien se baila; llevar sus manos juntas con nuestras manos; el flexible talle sujeto con nuestro brazo, que le rodea y oprime como una serpiente; confundir nuestro aliento con su aliento; embriagarse con el aroma que de su boca exhala, más puro que el de las flores que adornan su artístico peinado; verla arrebatada, delirante, balancearse como una palmera movida por el viento; murmurar en su oído como un suspiro, dulces palabras de amor y al mismo tiempo correr, volar más bien, dando vertiginosas vueltas en presencia de un público que, lejos de escandalizarse, se admira, sería volverse loco si el placer no fuese una locura y la mayor de las inmoralidades, si no se llamase vals y la sociedad no lo admitiera como la cosa más inocente y natural del mundo.

El vals hace imposible esta picardía del diablo. Aun logrando que las parejas murieran en el momento del baile, sus esfuerzos serían inútiles. Las encontraría, en el cielo.

M. Moya

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN DE ESPECTÁCULOS

Teatro Principal

El pasado domingo dió fin á sus tareas en dicho coliseo, la compañía de zarzuela que en el mismo venía actuando bajo la dirección del Sr. Bueno, y de cuya labor artística no nos ocupamos, por haberlo hecho ya con extensión sobrada.

Sí añadiremos, y á título de información curiosa, que según referencias, en la noche del día anterior al que citamos, penetró el Juzgado, debidamente constituído, en la Contaduría del nombrado teatro, interviniendo los fondos que del producto de la venta de localidades existía en la misma, lo que se efectuó en virtud de haberse negado la empresaria y primera tiple de dicha compañía á cumplir, cual era su deber, un contrato existente entre la misma y los reputados pintores escenógrafos D. Manuel Sancho y don Benito Mazón.

Gracias á que el público no se apercibió de la diligencia, en atención al prudente sigilo con que ésta se llevó á cabo; pues de lo contrario, los aplausos que como artista escuchó la aludida señora hubiéranse visto lamentablemente contrarrestados por algunas explicables protestas de parte de aquél.

Dícese que el actor á quien al principio nombramos, volverá á Cádiz el próximo otoño.

Gran Teatro

Es un hecho al fin, la reapertura del hermoso coliseo de la plaza de Alfonso XII.

La notabilísima compañía dramática española á cuyo frente figuran los ilustres y eminentes actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, serán admirados por los gaditanos en aquel escenario, que fueron los primeros en deber pisar.

¡Lástima grande que sólo puedan ofrecernos pocos días las delicias de su trabajo afiligranado!

La premura de la partida del trasatlántico, que en unión de su excelente compañía ha de conducirlos á las repúblicas americanas, así lo exige.

Se ha abierto un abono, en su virtud, tan solo por cinco representaciones, el que se ajustará á los siguientes precios:

Tornavoz, plateas y principales, sin entrada, por abono, pesetas 40; á diario, 50.—Tornavoz segundos, sin entrada, 27 y 30.—Palcos plateas y principales, sin entrada, 35 y 42'50.—Palcos segundos, sin entrada, 20 y 25.—Butaca con entrada, 5 y 6.—Delantero de anfiteatro con cntrada, 4 y 5.—Anfiteatro primera fila con entrada, 3 y 4.—Anfiteatro segunda, tercera y cuarta filas, 2'30 y 3.—Delantero de paraiso con entrada, 2 y 2'50.—Asientos numerados de paraíso, con entrada, 1'50 y 1.—Entrada de paraíso, 1.—Lotes de 30 entradas principales para los señores abonados á palcos, cada una, 1.—Entrada principal, 1.

El timbre á cargo del público.

El *début* de la compañía se verificará probablemente la noche del próximo día 22.

Teatro Cómico

Según nos asegurau personas bien informadas, nada hay de cierto hasta el presente sobre la llegada á ésta para funcionar en el lindo teatrito de la calle de Javier de Burgos, de la compañía de zarzuela que dirige nuestro paisano D. Enrique Guarddón, que actualmente es muy aplaudida en Almería.

Parece, según esos mismos informes, que hasta el próximo otoño no abrirá de nuevo sus puertas el mencionado coliseo, á excepción del próximo viernes, en el que la antigua sociedad titulada Liceo Guerrero-Mendoza celebrará una sugestiva velada, poniéndose en escena las aplaudidas producciones *Aquí hase farta un hombre, La patria chica* y *Alma de Dios.*

S. R. W.

RIMA

Quiero verte muy lejos, bien mío:
dirás que soy raro,
más así creeré que es tu cutis
muy terso... muy blanco.
Quiero verte muy léjos, muy léjos,
para ver tus labios
que distantes parecen cerezas
cogidas del árbol.

—

Porque ayer que miraba, mi vida,
tu rostro de cerca,
ví pintada de blanco y de rosa
tu piel, que es muy negra...
Y tus labios; tus labios, que al lejos
parecen cerezas,
son tan solo—de sobra lo sabes—
pintura grasienta...

—

Vete léjos, que al léjos parecen
cerezas tus labios;
y es tu cutis mirado de léjos,
muy terso... muy blanco...
Y si quieres, mujer, que te siga
con ansia admirando,
cada día de vida que tengas
¡aléjate un paso!

M. Fernández Mayo.

Imp. de M. Alvarez, C. del Castillo, 25.—Cádiz.

Ayuntamiento de Madrid

Pastelería y Cerveceria

VIENA

Se confeccionan ramilletes, dulces y tartas.

Gran variación en fiambres de todas clases.

EXQUISITO PAN DE VIENA (Sale á las seis de la tarde).

SAN MIGUEL, NUMS. 1 Y 3

CADIZ

José Pena.—Gabinete para afeitar, cortar y rizar el pelo. Servicio esmerado.
SAGASTA, número 47.

Dr. D. Fernando Muñoz, Catedrático de Medicina.—Consultas de 1 á 3 de la tarde.—Zaragoza, 15.

Dr. Don Cayetano del Toro

San Miguel, número 16

Consultas gratuitas á los pobres:

Martes, Jueves y Sábados.

ANTONIO NAVARRO

Despachos de vinos de todas clases.

Especialidad en Valdepeñas

Sagasta, núm. 5.

Viuda de R. Alcón y F. Lerdo de Tejada.—Cadiz

COMISIONES, CONSIGNACIONES, TRÁNSITOS. Casa fundada en 1833.

LINEAS DE VAPORES QUE CONSIGNA ESTA CASA

Compañía Anónima de Vinuesa, de Sevilla.—Compañía Sevillana de Navegación á Vapor, de Sevilla.—Sociedad de Navegación é Industria, de Barcelona.—Austro Americana: Fratelli Cosulish, Trieste.—Línea de Vapores Tintoré, Barcelona. Línea de Vapores Serra, Bilbao.—La Flecha, Bilbao.—Société Generale de Transports Maritimes á Vapeur, Marsella.—White Star Line, Liverpool.—Mediterranean & New-York S. S. C.º, Liverpool.—John Glynn & Sons, Liverpool.—Ceballos Line, New York.—Société Cockerill, Amberes.—La Veloce, Génova.—Larrinaga y C.ª, Liverpool.—Compañía Marítima Comercial, Barcelona.—Hijos de J. Jover y Serra, Barcelona.—Compañía de Navegación Olazani, Bilbao.—Compañía Santurzana de Navegación, Santurce.—M. H. Bland & C.º, Gibraltar. Servicios de salvamentos, remolques, etc.—Lloyd Aleman, Compañía de Seguros Marítimos, Berlín.

Depósito de Patentes submarinas y Lagolina esmalte marca Holzapfel's.—Exportación de Sales, etcétera.

Oficinas: Isaac Peral, núm. 9.— CADIZ

TREN DE LAVADO MECANICO

Montado á la altura de los mejores extranjeros, que permite ejecutar con extraordinaria rapidez cualquier trabajo, por importante que éste sea, en un corto número de horas.—Cuentan estos talleres con lavaderos, secadoras y cilindros satinadores de acreditadas casas de París.

SERVICIO ESPECIAL PARA LOS GRANDES VAPORES

Esta casa tiene concedido el servicio para la Compañía Trasatlántica.

Juan Urrialde Brechtel, Calle Obispo Calvo y Valero, números 42, 44 y 46.

Ayuntamiento de Madrid